



Enrique Ojito Linares

# Brasil: Hijos de gato...

A los bolsonaristas les molesta que un limpiabotas, que un tornero llegara a ser presidente por tercera vez. Para la extrema derecha brasileña, Luiz Inácio Lula da Silva devino una piedra en el zapato en el tablero político del gigante sudamericano, cuya mayoría de electores llevó al líder del Partido de los Trabajadores (PT) al Palacio de Planalto durante los comicios de octubre pasado.

Renuentes a aceptar la derrota de Jair Bolsonaro, miles de sus seguidores asaltaron el 8 de enero las sedes del Congreso, de la Presidencia y del Supremo Tribunal Federal (STF), en Brasilia, con una exigencia: una intervención militar para echar a Lula con un puntapié de la silla presidencial.

En la invasión a las instituciones, sin precedentes en la historia del país, los partidarios del exmandatario no dejaron prácticamente títtere con cabeza en las sedes judicial, legislativa y presidencial. Parecía que el terremoto de Charleston, descrito por Martí, hubiera registrado una réplica, a la distancia de más de un siglo, en la Plaza de los Tres Poderes, de Brasilia. Allí los portentosos edificios de hormigón también estuvieron a punto de semejar "nidos de paja", con el permiso del Maestro.

Se cae de la mata la comparación con lo sucedido en el Capitolio de los Estados Unidos en el 2021, cuando cientos de simpatizantes de Donald Trump asaltaron la sede del Congreso, negados a aceptar la victoria de Biden. Entendible por qué Bolsonaro se inclinaba con tanta frecuencia ante el magnate neoyorquino, al estilo de Goebbels frente a Hitler. A fin de cuentas, hijos de gato... En Brasilia o Washington, lo acontecido es lo real malicioso en el reino del mundo de la "democracia", cuyos exgobernantes portan similar material genético en términos de personalidad, al ser xenófobos, racistas, autoritarios, narcisistas y violentos.

Dada la magnitud de lo ocurrido en Brasilia, Lula obró tajantemente: decretó, a poco más de dos horas de los hechos, la intervención federal en la Seguridad Pública del Distrito Federal hasta el 31 de enero; decisión refrendada por el Senado y el Congreso Nacional.

Y para cortar el paso a la menor señal de impunidad, el propio día de los actos vandálicos y al siguiente, o sea, el 9 de enero, fueron detenidas más de 1 500 personas, entre ellas, alrededor de 1 200 en el campamento montado delante de las narices del cuartel general del Ejército en la capital del país. Por algo más de dos meses, los bolsonaristas permanecieron en el sitio, y ¿vivían del aire? Lógica, entonces, la advertencia del líder del PT: "Voy a averiguar quién pagó los micros, la estadía, la comida".

Ni una palabra más ni una palabra menos. Así lo anunció a la opinión pública

al conocer en Sao Paulo sobre los acontecimientos, alentados por la verborrea incendiaria de Bolsonaro.

Al hojear los reportes periodísticos, se encuentra en los actos vandálicos del 12 de diciembre, también en la capital, lo que pudiera considerarse el precedente más cercano en el tiempo de los sucesos de enero. Aquella jornada, seguidores radicales del ultraconservador intentaron invadir la sede de la Policía en el Distrito Federal; atacaron e incendiaron vehículos e, incluso, llegaron hasta el hotel donde Lula estaba hospedado; no obstante, fuerzas de seguridad bloquearon el ingreso al inmueble.

Era la reacción frente a un hecho que sacó de paso a los bolsonaristas: ese día el ministro Alexandre de Moraes, del Tribunal Superior Electoral, entregó a Lula el diploma que legitimaba su victoria el 30 de octubre por voluntad expresa de la

mayoría de los brasileños.

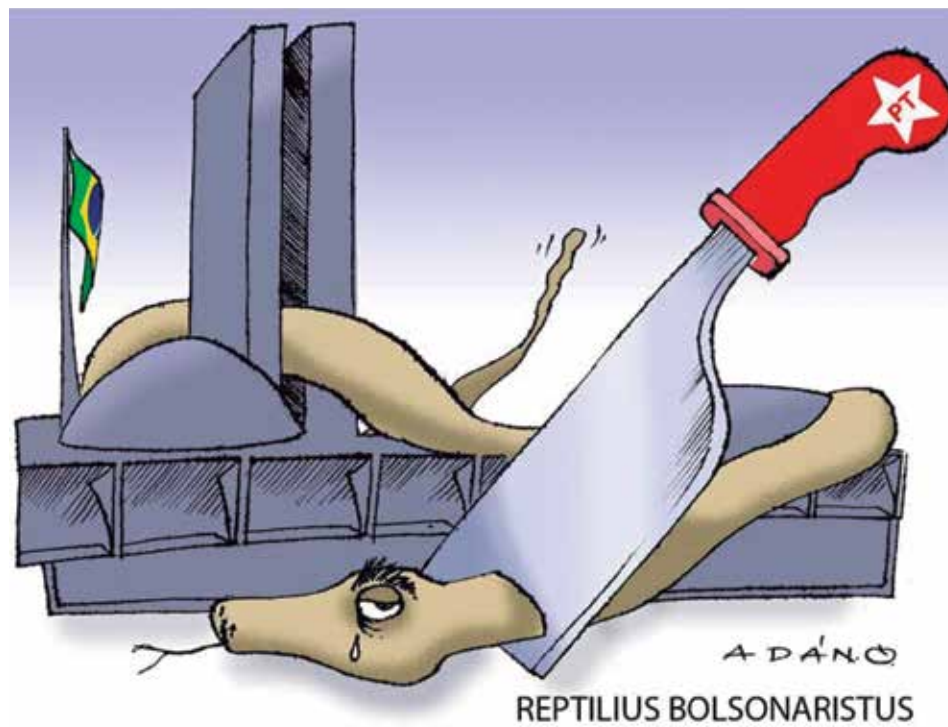
Por cierto, Bolsonaro se lavó las manos con esa voluntad, y la prueba está en el video publicado, luego de la intentona golpista, en Facebook, donde el excapitán del Ejército plantea que Lula no obtuvo el puesto por mayoría de votos, sino que más bien fue electo por el STF y la autoridad electoral brasileña.

¿Por qué el exmandatario borró el video la mañana después de publicarlo? Lo hizo porque olió o sus asesores le advirtieron lo que sobrevendría. El 13 de enero un ministro del STF autorizó incluirlo en su investigación para determinar quién incitó la intentona golpista. Y aunque Bolsonaro socializó el audiovisual dos días después de lo acontecido, la Fiscalía General consideró que su contenido era suficiente para investigar la conducta del discípulo de Trump.

Entre quienes permanecen en el colimador está el exministro de Justicia del gobierno de Bolsonaro y exsecretario de Seguridad del Distrito Federal, Anderson Torres, detenido apenas puso un pie en Brasilia, procedente de Estados Unidos. Torres deberá hilar finísimo ante fiscales y jueces, pues la Policía descubrió en su casa un decreto para revertir el resultado de las elecciones presidenciales; objetivo, cuando menos, totalmente inconstitucional.

Tan antidemocrático devino el asalto a las sedes de los poderes legislativo, judicial y ejecutivo, que hasta bolsonaristas moderados lo rechazaron; la condena de Cuba no se hizo esperar, como tampoco la de la inmensa mayoría de la comunidad internacional. Mientras, Lula, el tornero que la (in)Justicia brasileña encarceló para sentar a Bolsonaro en Planalto, se posiciona aún más en la opinión pública con su exhortación a la unidad institucional.

Analizado así, no sorprendió haberlo visto, mediante fotos, departir con decenas de empleados de limpieza del palacio presidencial para agradecerles en persona haberle devuelto el esplendor a lo que ayer era casi ruina. Ese es el poder de los de abajo.



## Del otro lado de la ciencia

La ciencia se convirtió de manera progresiva en una actividad social encaminada a producir, difundir y aplicar conocimientos sistematizados sobre la realidad, cada vez más apegada a las demandas sociales y a la generación de nuevas tecnologías.

Atrás quedaron los tiempos de científicos encerrados en laboratorios tratando de convertir la piedra en oro o de encontrar cualquier descubrimiento, movidos por intereses puramente cognitivos.

En el presente siglo, la búsqueda de nuevas teorías se encuentra empujada por la obtención de tecnologías y patentes que se introducen cada vez de manera más acelerada en los componentes de la vida social, sobre todo en la producción, los servicios, la enseñanza y la comunicación.

La ciencia construida de manera independiente da paso al trabajo multidisciplinario; la integralidad de profesionales da su lugar a la especialización; la investigación por iniciativa da paso a los resultados por demanda; el informe de investigación como fin da paso a la introducción del resultado y a la medición de sus transformaciones.

Un análisis de la administración de la ciencia y sus resultados en el contexto cubano actual encuentra deudas, como en toda obra humana; la más importante: el desbalance entre la cantidad de profesionales formados en comparación con el crecimiento económico y social, medidos por cualesquiera de los indicadores existentes.

Por otra parte, se ha ganado en organización de las investigaciones, pero es un deber de los centros de ciencia e innovación, así como de las estructuras que dirigen la política científica, ajustar de manera más rápida los proyectos a las verdaderas necesidades locales y territoriales. De pensar en qué puedo hacer hay que pasar definitivamente a pensar en qué se necesita para crecer y modificar.

La determinación de esas necesidades debe nacer fuera de reuniones, salones climatizados e improvisaciones, para dar lugar a las políticas públicas locales, tomando el pulso del ciudadano, de la comunidad y de las estructuras de base del poder público, cuyo funcionamiento también urge modificar, tal como lo reflejan los documentos programáticos vigentes.

De la misma manera deben determinarse, gestionarse y controlarse los recursos materiales, humanos y financieros para el ejercicio de la ciencia y la innovación.

¿Quién mejor para saber qué estudiar, qué modificar y dónde poner lo que se tiene que una comunidad de base o un municipio? Sin embargo, cuesta salir del verticalismo y la centralización, donde el Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente y los Órganos de la Administración del Estado tienen aún los mejores espacios para decidir, sobre todo en materia de finanzas, rendición de cuentas y vínculos con el exterior.

Por otro lado, de manera horizontal, la realidad sobre los vínculos de colaboración entre las instituciones, los centros y los científicos sigue alejada de las aspiraciones declaradas.

La especialización presupone la integración. La realidad no entiende de disciplinas o asignaturas, y el propio devenir de la ciencia ha conducido a la formación de profesionales cada vez más especializados en determinadas ramas, por lo que se hace necesaria la interdisciplinariedad.

Aunque en este particular se ha logrado avanzar en los últimos años, perdura en alguna medida la actividad científica por centros, por grupos y hasta por intereses profesionales particulares, más allá de las estructuras creadas con ese fin.

El fórum, que ha tenido y tiene un lugar glorioso en la resistencia de la nación, no es suficiente para desarrollar un país con tanto talento formado y tantas ineficiencias en su dinámica social. La ciencia y la innovación tienen que convertirse en alma de la dirección social.

Las ciencias sociales en los territorios no asisten tampoco con la velocidad que se necesita al encuentro con los procesos de dirección ni con la observancia del resto de las ramas del saber, lo cual es responsabilidad compartida entre directivos y profesionales.

El ejemplo del Gobierno a nivel de país debe ser comprendido y asumido de una manera más rápida en todos los niveles y estructuras. Es muy lento el proceso de la toma de decisiones por acuerdos, desde salones de reuniones, informes y propuestas de comisio-



José F. González Curriel

nes a la dirección por criterios de expertos, grupos de trabajo, pequeños colectivos y, sobre todo, la voz del pueblo, para lo que habrá que modificar métodos y estilos e incorporar ciencia e investigación.

Esto ha de hacerse sin crecimientos en estructuras improductivas. Se trata solo de crear espacios de cooperación que brinden a los decisores luz para hacer y controlar.

La ciencia no ha de ser la panacea que resuelva todas las carencias del país, pero sí tiene que ser un elemento dinamizador del crecimiento material y espiritual de un pueblo con tantos profesionales, eje impulsor del reencuentro con lo mejor de la educación y la cultura, esencias de la verdadera libertad.